

social», y por lo tanto, un nuevo precio del producto más acorde con las condiciones del progreso técnico así adquirido y difundido ².

El único representante de la escuela marginalista que, ya a comienzos de siglo, captó esta perspectiva vinculada a la temática del desarrollo fue Schumpeter, un economista neoclásico fuertemente influido por las ideas de Marx y por los pensadores del historicismo alemán. En sus teorizaciones sobre el desenvolvimiento económico y los ciclos, el progreso técnico ocupó un lugar central. Aunque no adoptó la teoría del valor trabajo, en sus conceptualizaciones sobre la naturaleza de la ganancia hay claras reminiscencias de la idea de «ganancia extraordinaria» tal como había sido planteada por Marx ³.

Sin embargo, la corriente principal de la escuela marginalista neoclásica, surgida a fines del siglo XIX, ni siquiera planteó con claridad el tema de la distribución del progreso técnico y de sus frutos, porque ni su perspectiva teórica ni sus herramientas conceptuales habían sido diseñadas con tal objeto.

Los argumentos centrales de la teoría marginalista neoclásica se fundan sobre los supuestos de la competencia perfecta, el uso de curvas de indiferencia en la teoría de la elección del consumidor, y la elaboración de funciones de producción capaces de registrar formalmente la relación entre la productividad *marginal* de los factores de la producción y sus respectivas remuneraciones. El interés central de la teoría neoclásica de la producción está en determinar las productividades marginales que derivan de diferentes combinaciones de los respectivos factores, y no en el crecimiento de las productividades medias a través del tiempo histórico. Posteriormente, las versiones más recientes de las funciones de producción neoclásicas han abordado e incorporado el tema del progreso técnico, pero con énfasis en su «neutralidad» o sus «sesgos» en cuanto a las combinaciones de capital y trabajo que han derivado de las innovaciones que se introducen. En todo caso, el interés argumental sigue centrado en las productividades marginales que derivan de diferentes combinaciones *abstractas y atemporales* de factores productivos y no en los incrementos que históricamente van aconteciendo en la productividad media del trabajo. Este tema de gran complejidad teórica ha dado lugar a apasionantes polémicas entre los representantes de la escuela marginalista y los de la corriente de Cambridge, que hunde sus raíces en la gran tradición clásica. No cabe abundar sobre aspectos que escapan al objetivo central de estas reflexiones. Basta decir que desde la perspectiva neoclásica un incremento en la productividad media de los factores, derivado de la introducción de progreso técnico, reducirá los costos medios y marginales por unidad de producto. Si se parte de condiciones de competencia perfecta, esto generará una ganancia extraordinaria, puesto que la «recta del precio» está dada exógenamente a la influencia de esa empresa. Sin embargo, las mismas condiciones de la competencia perfecta solucionarán esta situación «transitoria» de desequilibrio, y a través de la difusión abierta del progreso técnico los precios se reducirán hasta coincidir con la curva de costos medios y marginales. La idea —ya anticipada en las reflexiones de Marx y Schumpeter— es que el progreso técnico se difunde a través de un descenso en los precios de la rama productiva en que se ha introducido. En suma, el progreso técnico, que es un fenómeno medular del desarrollo, aparece en esta concepción como un factor de desequilibrio que los mecanismos de la competencia perfecta deben «dirigir» y superar para retornar a la estática del equilibrio estable.

En consecuencia, la teoría marginalista neoclásica del comercio internacional, previa a la irrupción de las tesis de Prebisch y Singer, no se planteó como objetivo central el exa-



² CARLOS MARX: *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966.

³ JOSEPH SCHUMPETER: *Teoría del desenvolvimiento económico*, Fondo de Cultura Económica, México. Cuarta edición en español, 1967, en particular capítulo IV.

men de las formas económicas de apropiación de los incrementos de la productividad y cómo podían afectar los resultados del comercio internacional o la evolución de los términos del intercambio ⁴.

Heckscher, en 1919 ⁵, y Ohlin ⁶, en 1933, sentaron las bases de un modelo de comercio internacional que respondía plenamente a esta visión estática del proceso económico. De acuerdo con esta perspectiva, los países deben exportar aquellos bienes con un costo monetario inferior al del resto del mundo. Dicho costo depende de los precios relativos de los factores de producción, de acuerdo con su abundancia relativa dentro de cada país. En un modelo de dos países y dos bienes para que haya comercio, según esta perspectiva, se requiere como punto de partida el que existan relaciones de costos diferentes entre ambos países, pero la efectivización del comercio tiende a eliminar esas diferencias. Según esta teoría, la inmovilidad internacional de los factores de la producción no impide que los precios de los productos tiendan a igualarse internacionalmente y que las remuneraciones de los factores hagan otro tanto. Conviene aclarar que esto no implica la igualación internacional de los ingresos per cápita, pero sí la de los salarios en trabajadores de igual calificación ocupados en actividades comparables.

En el seno de la propia teoría académica, la conclusión de este modelo —en el sentido de que los países debían tender a especializarse en la producción respecto de la cual contaban con factores más abundantes— fue contradicha por investigaciones empíricas conocidas como «la paradoja de Leontief». En efecto, este autor demostró en 1954 que un país desarrollado y altamente capitalizado como Estados Unidos se había especializado en exportaciones intensivas en mano de obra y no en capital como cabría haber esperado.

La dinamización de la visión marginalista del comercio internacional, para adecuarla a situaciones de crecimiento, fue intentada por J. Hicks, sin modificar los puntos básicos ya mencionados del análisis. En particular el examen supone funciones neoclásicas de producción (del tipo Cobb-Douglas) y curvas de indiferencia en el consumo, las que pueden transformarse no sólo por modificaciones en los gustos de los consumidores, sino también por cambios en la distribución del ingreso ⁷.

Lo relevante —o quizás deberíamos decir lo irrelevante— metodológicamente hablando, de este abordaje neoclásico, radica en la naturaleza de los supuestos de que parte: competencia perfecta, funciones de producción neoclásica, y curvas de indiferencia agregadas socialmente en el análisis del consumo.

En relación con el tema que nos preocupa en este ensayo, relativo a la evolución de la relación de intercambio entre productos primarios y manufacturas, la visión estática que comentamos se apoyaba en la así denominada «Ley de los rendimientos decrecientes o proporciones variables». Según esta «ley», cuando se aplican dotaciones crecientes de factores variables (trabajo y capital) a una dotación fija de recursos naturales, se llega finalmente a un punto de inflexión a partir del cual van decreciendo los sucesivos incrementos de producto, hasta que terminan por anularse *.

* En relación con esta «ley», cuyos orígenes pueden ya rastrearse en economistas pre-clásicos como Turgot, pero que fue consolidada por economistas clásicos como Ricardo, conviene reproducir un comentario de Schumpeter en relación con otra expre-

⁴ RICARDO FFRENCH-DAVIS: *Economía Internacional*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979. En particular capítulos I, II y III.

⁵ ELI HECKSCHER: Véase RICARDO FFRENCH-DAVIS, *op. cit.*, pág. 39.

⁶ BERTIL OHLIN: Véase RICARDO FFRENCH-DAVIS, pág. 39.

⁷ J. HICKS: Véase RICARDO FFRENCH-DAVIS, capítulo III.

sión alternativa que él introduce: la de los rendimientos «históricamente crecientes». Al respecto observa dicho autor: «Se ha elegido esta expresión para indicar que estos rendimientos históricamente crecientes, a diferencia de los conceptualmente genuinos, no se pueden representar mediante ninguna curva o «ley», ni, sobre todo, por ninguna curva por la que podamos discurrir en ambos sentidos. Pues los nuevos niveles tecnológicos se alcanzan en el curso de un proceso irreversible, y no podemos percibirlos hasta que realmente han sido alcanzados»⁸.

En «desagravio» de este gran economista «marginalista» —cuya obra fue, irónicamente, una permanente negación de las tendencias del sistema hacia el logro de posiciones de equilibrio estable— conviene aprovechar su concepto de «rendimientos históricamente crecientes», para introducir el tema del «progreso técnico» que opera en el tiempo histórico de las sociedades concretas, y no en el tiempo lógico de los modelos abstractos.

Con base en esta «ley» estática, que es uno de los puntales de la teoría económica marginalista, se postulaba que los precios de los productos básicos deberían mejorar en relación con los de las manufacturas, a medida que se acrecentara la escasez relativa de recursos naturales.

En suma, las teorías vigentes consagraban la apropiación *abierto del progreso técnico* a través de su difusión generalizada, y de los *frutos* de ese progreso mediante un descenso correlativo del precio en las actividades beneficiadas por el cambio técnico. Además, en la esfera internacional, los supuestos abstractos e irreales del Modelo Heckscher-Ohlin y de otros enfoques afines ni siquiera permitían abordar el tema de la relación de intercambio entre productos primarios y manufacturados. En relación con este tema, las opiniones prevalecientes se fundaban en la «ley» de los rendimientos decrecientes y suponían que el deterioro de precios debía perjudicar a los productos manufacturados. La tesis del deterioro de los términos del intercambio desafió frontalmente toda estas respetadas concepciones teóricas. Del mismo modo, la visión centro-periferia desarrollada por Prebisch fue otorgando un sólido fundamento conceptual a las pretensiones de dicha tesis y emergió como una heterodoxa pero muy influyente concepción teórica del subdesarrollo.

362

La Tesis Prebisch-Singer en su Planteamiento Original

Las visiones de Prebisch, y también las de Singer, parten de una perspectiva diferente a la marginalista analizada en páginas anteriores. Recogen una concepción macroeconómica de tipo keynesiana y son claramente más afines con la línea de teorización sobre el crecimiento económico que arranca de los modelos tipo Harrod-Domar. Esto se refleja, sobre todo, en la naturaleza de la función de producción implícita en sus razonamientos, y en su manera de visualizar el desarrollo como un incremento sostenido, a través del tiempo, de la productividad por trabajador. La comprensión de sus argumentos exige un punto de partida macroeconómico, en el que sea posible diferenciar las variables nominales y las reales, y establecer la vinculación que liga a unas con las otras*.

* Considérese la expresión:

$$P = \frac{v}{a}$$

en que «p» sea el nivel de precios del producto generado en una economía, «v» sea el